

EL MOVIMIENTO CATOLICO EN LA POLITICA ITALIANA. ORIGENES Y EVOLUCION

Los orígenes del movimiento católico, su ingreso en la política activa, guardan estrecha relación con un hecho de capital importancia para la historia de Italia: el de la finalización del poder temporal del Papado.

El 20 de septiembre de 1870, tras una serie de infructuosas tentativas diplomáticas, y aprovechando el derrumbamiento de Francia (gran protectora del Papado), el Gobierno italiano, ante el avance de la Armada prusiana, ordenó que su ejército atravesara la frontera que todavía separaba a los exiguos territorios sometidos a la autoridad del Pontífice del ya constituido Reino de Italia, y tras breve lucha, Roma sucumbió.

Fue un acontecimiento histórico que tuvo grandes repercusiones psicológicas sobre el ánimo de los católicos. El Papa, encerrado en voluntario aislamiento en los palacios apostólicos, permaneció casi por completo al margen de la vida del nuevo Estado que, oficialmente nacido en 1861, con la conquista de Roma halla su capital política natural. La fría indiferencia del Pontífice influyó de manera directa sobre la actitud de los católicos más intransigentes ante la nueva entidad estatal. Durante varios años, las mejores familias de la aristocracia papal se negaron a reconocer la autoridad del Estado italiano y llegaron a eludir la celebración civil del matrimonio, así como el registro de nacimientos, con las naturales consecuencias que son fáciles de adivinar.

La oposición de la Iglesia al Reino de Italia, la protesta del mundo católico contra la decisión político-militar, que había desposeído al Papado de toda clase de poder, de toda autoridad administrativa sobre los territorios de Italia central, se concretó de manera orgánica en 1874 al promulgarse la bula *Non expedit*, que prohibía que los católicos participasen en la vida política del país. Al mismo tiempo, con objeto de dar una estructura eficaz a esta oposición y evitar que los fieles se viesen privados de la necesaria dirección, se decidió crear la Obra de los Congresos y de los Comités Católicos de Italia.

Nace así el primer movimiento católico organizado que durante treinta

años, desde 1874 a 1904, iba a ser la «central» del catolicismo italiano políticamente comprometido y la más concreta manifestación de antilaicismo en una Italia que todavía se debatía en un mar de dudas en su búsqueda de un equilibrio estable como nación.

La Obra tenía por objeto «reunir a los católicos y a las Asociaciones católicas de Italia en una acción común y concorde de defensa de los derechos de la Santa Sede y de los intereses religiosos y sociales de los italianos, de acuerdo con los deseos y decisiones del Sumo Pontífice y bajo la supervisión del Episcopado y del clero».

Presidido por el conde Giambattista Paganuzzi, el movimiento se extendió rápidamente y llegó a contar entre sus filas con centenares de Comités diocesanos, miles de parroquiales y un número muy elevado de socios.

Pero con la aparición de una organización válida surgieron también las primeras divergencias en cuanto a los métodos a seguir para la afirmación de los postulados programáticos enunciados en el Congreso de Venecia de 1874, fuente de origen de la Obra. Durante algún tiempo, las disensiones no parecieron revestir caracteres tan graves como para tener que atajarlas con decisiones enérgicas. Sin embargo, la situación de los católicos (todavía aislados en el ámbito de un Estado casi por completo consolidado) fue poco a poco pasando a segundo término por lo que se refiere a las divergencias relacionadas con la conveniencia de imprimir al movimiento un giro conservador en vez de progresista.

Las divergencias surgieron, precisamente, en cuanto a los medios a emplear para alcanzar fines que eran ante todo diferentes porque se enfocaban desde distintas perspectivas. Paganuzzi, fiel a las directrices que el Congreso de Venecia había establecido, representaba, en cierto modo, a la corriente moderada, conservadora, ortodoxa de la Obra, a aquella corriente que aceptaba íntegramente los principios contenidos en la bula *Non expedit* y que confirmaba su total y rígida realización. Los tradicionalistas publicaban el periódico *L'Italia Reale*, de Turín.

Más flexible fue, a su vez, la postura adoptada por la corriente que encabezaba un joven sacerdote, Don Davide Albertario, director del *Osservatore Cattolico*, de Milán. Los afiliados a este grupo (que se denominaba Democracia Cristiana, y que entre sus exponentes más autorizados contaba con Paolo Arcari, Giuseppe Moltini y Filippo Meda), a pesar de aceptar en líneas generales las directrices pontificias, en relación con la postura intransigente de los católicos frente a la vida política italiana, pensaban que antes o después tendría que producirse un acercamiento entre las dos posiciones: entre la Iglesia y el Estado italiano. Por lo tanto, sería muy conveniente estar preparados para cuando llegase este momento. De este modo, la De-

mocracia Cristiana concretó esta postura con una fórmula: «prepararse en la abstención», que se transformó en el lema de quienes creían necesario superar el aislamiento en que se hallaron los católicos tras la *Non expedit*.

Desde un punto de vista más estrictamente político, pues, la Democracia Cristiana sostenía que los católicos no podían permanecer ajenos a los acontecimientos que afectaban a la opinión pública del nuevo Estado y que, sucesivamente, fueron causa del nacimiento del partido socialista (1892). Lo que realmente pedía era que los núcleos católicos mejor preparados empezasen a competir, en el terreno social, con las tendencias radicales.

Estas tentativas de politizar el movimiento católico, movimiento que sus fundadores habían creado con el propósito de formar un apostolado laico, hallaron su más firme oposición en la corriente ortodoxa. Esta corriente acusaba a la Democracia Cristiana de querer llevar al Pontífice a una revisión de la posición de la Iglesia, posición que ya había quedado expuesta con toda claridad en la *Non expedit*.

Las divergencias entre las dos tendencias se hicieron aún más radicales en 1889, cuando el sociólogo Giuseppe Toniolo fundó en Padua la Unión Católica de Estudios Sociales. Dicha Unión, con su postura todavía más intransigente, constituyó el punto doctrinario en que se basó la Democracia Cristiana, cuyo programa, redactado por el propio Toniolo, hacía alusión a la lucha de clases, a la participación en los beneficios y al accionariado obrero; todos ellos conceptos totalmente nuevos para los militantes católicos.

La disensión fue cortada en 1898, cuando el Gobierno Di Rudinì consideró que la Obra de los Congresos, así como otras organizaciones políticas, eran responsables de los disturbios sociales surgidos en aquella época, e intervino de manera enérgica al disolver unos 6.000 grupos católicos y paralizar el movimiento.

La normalización de la situación no llevó a la tan deseada concordia dentro de la Obra, sino que, ante la imposibilidad de una efectiva conciliación entre las diversas corrientes (cuyas disensiones ya a comienzos del año 1900 habían alcanzado bastante gravedad), el 30 de julio de 1904 la Santa Sede decidió suprimirla. Con ello terminaba este movimiento (el primer movimiento católico organizado) que, durante treinta años, había agrupado en su seno a todas las tendencias católicas del país, que buscaban una definitiva y orgánica toma de posiciones frente al nuevo Estado unitario.

La Obra fue sustituida por tres organizaciones católicas distintas, creadas por Pío X el 24 de marzo de 1906, y que se movían en diferentes terrenos. (La Unión Electoral quedó encargada de orientar a los católicos en el plano electoral.)

Desde el punto de vista de la política estricta, la situación se hizo, a su

vez, más confusa y llena de incertidumbre. El ala avanzada de la izquierda, o Democracia Cristiana, que tenía a Romolo Murri como principal representante, tras haber adoptado, durante los Congresos que en 1895 y 1897 celebró la Obra de los Congresos, una postura de lo más intransigente frente a la corriente moderada (tachada sin ambages y más bien en tono polémico de «clerical»), imprimió a su acción un aspecto cada vez más autónomo.

Don Romolo Murri era un joven sacerdote que gozaba de bastante ingenio. Pronto hizo su ingreso en la política activa y fundó sucesivamente algunos periódicos, que se distinguieron por su falta de prejuicios: *Il Rinascimento*, *Vita Nova* y, por último, *Cultura Sociale* (portavoz oficial de la corriente democristiana). En el plano puramente polémico llegó a declarar que como las tesis de la Iglesia y del Estado eran irreconciliables, tendrían por fuerza que terminar con el predominio de una sobre otra. En resumen, invitaba al movimiento católico a enfrentarse con el Estado laico y liberal, surgido de la unidad nacional, con objeto de afirmar sus principios.

El 7 de noviembre de 1900, Murri lanzó un manifiesto «revolucionario» al país. Pero el 18 de enero de 1901 la actitud del grupo democristiano fue denunciada por León XIII en la Encíclica *Graves de communi*, que al puntualizar la posición de los católicos *obedientes*, en realidad, lo que hacía era reprobar toda acción emprendida sin autorización previa, y por consiguiente, cerrar el paso al movimiento de Murri (1).

Este no se desanimó. Desde el punto de vista oficial hizo además de someterse y adaptarse a las directrices pontificias, pero en la práctica siguió organizando su grupo; este grupo iba a adquirir en 1905 categoría de auténtico partido (el primer partido católico nacido en Italia con una tendencia doctrinal bien definida) al asumir la denominación de Liga Democrática Nacional (cuyo portavoz fue la *Revista de Cultura*, que siguió a la denominada *Cultura Social*).

Las relaciones entre la Santa Sede y Murri se fueron haciendo cada vez más tensas. En 1907 éste reafirmó el concepto de separación neta entre Estado e Iglesia y quedó suspendido *a divinis*. En 1909, con el apoyo directo de los socialistas, presentó su propia candidatura al Parlamento. Resultó elegido, pero el 23 de marzo del mismo año fue excomulgado a causa de su indisciplina como sacerdote.

(1) «Así, pues, no es lícito dar un sentido político a la democracia cristiana, porque si bien la palabra democracia sirve para designar una forma popular de gobierno, en nuestro caso, y prescindiendo del significado político, no debe significar todavía más que una acción para el pueblo.»

En la Cámara de Diputados ocupaba un puesto entre la izquierda; mientras tanto, su movimiento iba poco a poco perdiendo terreno, hasta que llegó a extinguirse por completo tras la excomunión de Murri.

Desaparecido de la escena política el grupo ultrancista capitaneado por Romolo Murri, los católicos fueron poco a poco adaptándose al nuevo clima político. Ya hemos visto que, en 1906, la Santa Sede había sustituido la disuelta *Obra de los Congresos* por tres organizaciones de apostolado laico: una de éstas, según dijimos, era la *Unión Electoral Católica*, encargada de dirigir y conformar el voto católico en las elecciones administrativas y políticas.

El hecho más importante de la actuación de la *Unión* fue el papel por ella desempeñado durante las elecciones de 1913, cuando el conde Gentiloni, presidente de esta organización, suscribió un acuerdo (denominado «Pacto Gentiloni», a causa de su autor) por el que los candidatos de los partidos «burgueses» se comprometían a asumir una determinada actitud a cambio de los votos católicos. El documento constaba de siete puntos, que, aparte de confirmar unas tendencias religiosas precisas, en la práctica preparaban el camino para un entendimiento entre los grupos moderados y católicos (que tras la disolución de la *Liga Democrática Nacional* quedaron como dueños y señores del terreno) y para que una gran mayoría de católicos que acataban las directrices pontificias participasen en la vida política.

Hasta aquel momento la participación de los católicos en la vida pública había tenido un carácter casi «clandestino» y sólo había estado autorizada en cada caso por autoridades eclesiásticas aisladas. La primitiva fórmula «ni elegidos ni electores», que había presidido las primeras relaciones entre la Iglesia y el nuevo Estado unitario, fue paulatinamente siendo sustituida por la convicción de que llegaría un día en el que el enorme potencial político contenido en la masa católica sería aprovechado. Por consiguiente, la posición de los católicos «obedientes» empezó a estar presidida por una nueva fórmula: «Católicos diputados, sí; diputados católicos, no.» De acuerdo con este principio, en las elecciones de 1904 fueron elegidos tres diputados de clara profesión de fe católica; el número ascendió a 16 (más ocho conservadores con programa católico) en 1909.

Por fin, en 1913, con el «Pacto Gentiloni», una organización católica interviene por vez primera, y de manera oficial, en la contienda electoral y consigue derrotar no sólo a candidaturas individuales, sino a una determinada tendencia política, y por consiguiente, llega a firmar compromisos con la organización de aquel Estado contra el que, en 1874, fue promulgada la *Non expedit*.

Los diputados católicos que resultaron elegidos en 1913 fueron unos 30,

con cerca de 300.000 votos. Mientras tanto *L'Osservatore Romano* publicaba que 228 candidatos de la derecha burguesa (liberales y nacionalistas) habían sido elegidos gracias a la aportación de los votos católicos.

La primera guerra mundial ejerció poco influjo sobre el desarrollo del movimiento y sobre la evolución de los católicos hacia una más concreta forma de colaboración; sin embargo, señaló un acontecimiento de gran importancia: en efecto, por primera vez un católico militante entró en el Gobierno. Se trataba de Filippo Meda (reclamado por el Ministerio de Hacienda en 1916 para formar un Gabinete de emergencia), quien al formar parte, a título personal, de la coalición gubernativa, con su propia presencia hizo aún más patente el cambio que desde el punto de vista político estaban imprimiendo los acontecimientos a la posición de los católicos.

EL PARTIDO POPULAR ITALIANO

Todavía se hallaba vigente la *Non expedit* cuando el 18 de enero de 1919 se fundó el Partido Popular Italiano. Pero esta vez ya no era un impedimento para la colaboración entre los católicos y el Estado italiano (en efecto, quedó formalmente abrogada a los pocos meses de haberse creado el Partido Popular), puesto que en realidad ya hacía tiempo que los católicos se habían adentrado en la vida política nacional.

Don Luigi Sturzo, sacerdote siciliano, fue el fundador del Partido y la persona que logró reunir en un solo movimiento todas las corrientes católicas, de la derecha a la izquierda, políticamente comprometidas.

El programa del Partido Popular Italiano, resumido en 12 puntos, reclamaba: la defensa de la familia, libertad de enseñanza y reforma escolástica, reconocimiento jurídico y libertad de la organización de clase dentro de la unidad sindical, legislación que garantizase el derecho al trabajo, vasto programa de realizaciones económicas, libertad y autonomía de los entes públicos, reorganización de la Beneficencia y de la asistencia pública, libertad e independencia de la Iglesia, reforma tributaria, introducción del colegio plurinominal, defensa de la integridad nacional y organización en el plano internacional de la colaboración entre los Estados.

El nuevo partido político se desarrolló rápidamente hasta alcanzar, tras seis meses de vida, 56.000 adeptos. Pero los «popularistas» obtuvieron una clamorosa e inesperada afirmación en las elecciones de 1919, al renovarse el Parlamento.

El 8 de junio de 1909 se creó el portavoz oficial del Partido, el diario *Il Popolo Nuovo*. Pero el movimiento de Luigi Sturzo estaba apoyado por

una serie de importantes periódicos como *Il Momento*, de Turín; *L'Avvenire d'Italia*, de Bolonia, y *L'Italia*, de Milán.

Una Prensa tan poderosa y consistente como ésta, la preconcebida hostilidad de los socialistas, una campaña electoral llevada a cabo con tanta riqueza de argumentos y el sistema de organización capilar, tenían que llevar al Partido Popular Italiano al más clamoroso de los éxitos. En efecto, el movimiento católico obtuvo 1.167.354 votos y 100 escaños.

Al hacer su entrada en la Cámara de Diputados con una representación tan sólida, el Partido Popular Italiano asumió una posición de primer plano en la vida política nacional. Pronto logró introducirse en la mayoría y condicionarla (con la fuerza numérica) hasta las elecciones de 1921, en las que dio un nuevo salto hacia adelante al acaparar 1.347.305 votos y 108 escaños.

Sería demasiado largo, y además, inútil, contar aquí la historia del Partido Popular. Baste con decir que éste constituyó una tentativa de importancia básica para la vida del movimiento católico italiano y que sirvió para facilitar la vía de la colaboración, oficialmente iniciada en 1913. Con el Partido Popular Italiano, las relaciones entre Estado e Iglesia se normalizaron y los católicos hallaron su sistematización natural en el ámbito de la política nacional.

Con la conquista del Poder por parte del fascismo (1922), la suerte de los «populistas» comenzó a declinar. Se intentó, desde el principio, una colaboración (breve y tempestuosa) entre los dos grupos, y algunos ministros del Partido Popular Italiano hicieron su entrada oficial en el Gobierno de Mussolini. Después, vista la imposibilidad de una relación permanente, los católicos se separaron.

Pero la rápida sucesión de los acontecimientos influyó de manera negativa sobre la estructura del Partido: muy pronto se dividió aquél en dos bandos: el de quienes sentían prejuicios hostiles hacia cualquier forma de colaboración con el nuevo régimen y el de aquellos que hallaban positiva una relación permanente. La discordia entre las dos corrientes se transformó en polémica, y en 1924 el Partido se disolvió rápidamente en una serie de grupos más pequeños. En 1926, con la disolución oficial de todos los partidos organizados, quedó sancionada también la muerte del Partido Popular Italiano.

LA NUEVA DEMOCRACIA CRISTIANA

Durante la época fascista, el movimiento católico no desarrolló una actividad autónoma con respecto a las organizaciones del apostolado laico que directamente dependían de la Santa Sede. Sólo hacia 1940 algunos grupos juveniles empezaron (dirigidos por Alcide de Gasperi) a examinar la posibilidad de un renacimiento estructural. Desde el punto de vista programático, estos primeros fermentos cobraron vida y consistencia hacia fines de 1942, cuando De Gasperi redactó e hizo circular clandestinamente un breve opúsculo titulado *Ideas reconstructivas de la Democracia Cristiana*, especie de plataforma doctrinal de lo que más tarde iba a convertirse en el mayor partido católico italiano.

De Gasperi y sus amigos dieron forma concreta a sus intenciones en marzo de 1943, y fundaron oficialmente la Democracia Cristiana, partido de los católicos italianos.

El nuevo partido se desarrolló con rapidez: participó en la lucha clandestina contra el Ejército alemán y la República Social Italiana, y en poco tiempo consiguió reunir en torno a sí a la mayoría de los representantes aún con vida del viejo Partido Popular. En el Convenio Interregional de Nápoles de julio de 1944 fijó las líneas principales de su organización, y en la reunión de su Consejo Nacional del 11 de septiembre de 1944 definió las líneas generales de su programa, teniendo en cuenta los problemas del momento.

Desde 1945 hasta la fecha, la Democracia Cristiana ha ido poco a poco asumiendo un papel de primordial importancia para la política italiana, y todo ello a pesar de la perplejidad manifestada por Don Luigi Sturzo, quien en los últimos años de su vida llegó a definir la Democracia Cristiana no como el «partido de los católicos», sino como «un partido entre católicos», con claras tentativas polémicas.

La suerte electoral de la Democracia Cristiana tiene sus orígenes en su ininterrumpida permanencia en el Gobierno. Tras haber participado en los primeros Gabinetes del período posbélico, la Democracia Cristiana ha tenido el honor y el deber de guiar la vida política italiana, sin una sola interrupción, desde 1945 en adelante. A partir de 1945 los presidentes del Consejo han sido siempre representantes de la Democracia Cristiana. Sin embargo, sólo en 1948 el Partido obtuvo mayoría absoluta en las elecciones, y ha tenido posteriormente que contentarse con una mayoría relativa. Por consiguiente, estos años de preeminencia han reforzado de tal modo las estructuras de la Democracia Cristiana, que este partido se ha convertido hoy en el partido base de la política nacional.

Para poder comprender la magnitud y alcance de la influencia electoral de la Democracia Cristiana, bastará analizar los resultados obtenidos entre 1946 y 1963 en las elecciones para la Cámara de Diputados:

AÑOS	Votos	Escaños
1946	8.080.664	207
1948	12.711.305	307
1953	10.859.554	263
1958	12.508.674	273
1963	11.763.418	260
1968	12.403.467	266

Al analizar estas cifras surge espontánea la pregunta: ¿Cómo ha utilizado la Democracia Cristiana este formidable potencial electoral que el mundo católico ha puesto a su disposición? De la primera pregunta es lógico que derive una segunda: La existencia en Italia de un partido tan importante como éste ¿es un fenómeno positivo o negativo?

En seguida nos damos cuenta de lo sumamente difícil que es dar una respuesta concluyente a las dos preguntas, y ello por múltiples razones de carácter práctico sobre todo. De todos modos es posible bosquejar las tesis que, en resumidas cuentas, pueden servir de base para una más amplia discusión.

El primer cometido que la Democracia Cristiana se impuso nada más nacer fue luchar contra el comunismo. De todos es sabido que el Partido Comunista Italiano es como una espina para el mundo occidental a causa de su preeminente posición frente a otras organizaciones marxistas europeas y del enorme potencial de que dispone. Sólo una estructura de masas tan poderosa como ésta podría triunfar en un encuentro directo. Y no hay duda de que esta organización no es otra que la de la Democracia Cristiana. Pero ¿cómo ha llevado la Democracia Cristiana su acción contra el peligro comunista? En teoría, de manera enérgica e intransigente. En la práctica, si examinamos los resultados de lo que hubiera debido ser una verdadera y propia «cruzada anticomunista», veríamos que éstos no son más que desengaños que asustan a la opinión pública. Mientras que en el plano electoral el Partido Comunista Italiano ha pasado (por lo que se refiere a la Cámara de Diputados) de los 4.356.686 votos y 104 escaños en 1946 a los 8.551.397 votos y 177 escaños en 1968, en el plano de la organización estricta, la estructura del partido ha permanecido inmutable, insensible a las escisiones, a las disensiones, a los cambios políticos y al conflicto entre Moscú y Pekín.

Es cierto que al atraer al Partido Socialista (aliado natural de los comunistas, en el plano de la acción doctrinal) al área del Poder e introducirlo en la mayoría de Gobierno, la Democracia Cristiana ha conseguido *en parte* romper el Frente Popular formado por comunistas y socialistas. Pero ante todo la fractura sólo ha sido parcial, porque los socialistas, con una política vacilante, mientras que en el plano parlamentario se han separado de los comunistas y se han acercado a la Democracia Cristiana, en el plano sindical han permanecido estrechamente unidos a aquéllos a través de la central obrera marxista. En el plano de la Administración local pueden contarse por centenares los Municipios dirigidos por coaliciones formadas por comunistas y socialistas, que se oponen a la Democracia Cristiana.

Hay que decir, además, que también en el plano numérico la separación de los socialistas del Frente Popular no ha tenido los resultados esperados. Hace un par de años, cuando se creó el Gobierno de centro-izquierda, el ala izquierdista del movimiento socialista se separó del Partido Socialista y fundó el Partido Socialista de Unidad Proletaria, estrechamente unido al Partido Comunista. Los resultados electorales más recientes nos muestran que mientras el Partido Socialista «oficial», a pesar de la reciente absorción del Partido Social Demócrata, sigue perdiendo votos e influencia sobre la opinión pública, el nuevo Partido Socialista de Unidad Proletaria se propone recoger todos los sufragios perdidos y, en la práctica, reconstruir el Frente Popular con los comunistas.

Todo ello en el plano de la lucha contra el comunismo. Desde el punto de vista de la organización estricta, el espectáculo que la Democracia Cristiana ofrece hoy a su electorado nos deja, como mínimo, perplejos. La Democracia Cristiana, tal y como es hoy, ya no es un partido unitario, sino un conjunto de tendencias unidas entre sí por una vaga coincidencia doctrinal y por la necesidad de no fraccionarse de manera clara para no verse obligado a ceder las riendas del Gobierno.

Las causas de esta situación hay que buscarlas ante todo en la heterogeneidad de la composición orgánica del Partido y en la radicalización del juego de tendencias, consecuencia directa de la radicalización de la lucha política en el plano nacional.

La Democracia Cristiana recogió al nacer elementos de lo más heterogéneo: representantes del viejo Partido Popular, sindicalistas, jóvenes que crecieron durante la veintena fascista, incluso los restos del Partido de la Izquierda Cristiana (movimiento que patrocinaba un «encuentro» entre cristianismo y marxismo), monárquicos y republicanos, conservadores y progresistas. Esta acumulación de tendencias ha seguido adelante durante años, impulsada por la conveniencia de ocultar las divergencias ideológicas bajo una capa uni-

taria, pero sobre todo por la necesidad de disfrutar de las indudables ventajas que derivan del aprovechamiento de un gran patrimonio electoral.

Sin embargo, está claro que, a la larga, las divergencias han terminado en discordia. Y de este modo, en el seno de un partido en apariencia unitario, han nacido innumerables «partidos-sombra» o «corrientes»: esto es, las tendencias a que nos hemos referido se han estructurado, se han organizado para mejor poder concurrir a la conquista de los puestos de mando en el seno del Partido. La concurrencia se ha hecho tan manifiesta y apasionada que, hasta cierto punto, la Democracia Cristiana ofrecía el espectáculo de un partido subdividido en cinco o seis partidos más: cada corriente tenía sus propios escaños, sus propios portavoces de Prensa, financiación, Comités directivos, líderes y gregarios. En cierto modo, lo peligroso de la situación ha llevado a todos a firmar una tregua, y por consiguiente, las corrientes han quedado en la actualidad formalmente disueltas, e incluso un artículo de la Constitución prohíbe de manera expresa su actividad.

Pero todo ello desde el punto de vista oficial y en el aspecto puramente jurídico. Las divergencias entre las distintas posiciones son tan grandes que las corrientes, disueltas en cuanto tales, han renacido como actitudes, como situaciones de hecho. Y por lo tanto, precisamente a causa de su inexistencia formal, y ante la imposibilidad de hacer un censo de las mismas y controlarlas, se han hecho aún más peligrosas para la unidad del Partido.

Una actividad tan intensa y desordenada en el seno de un partido que desde 1945 tiene la responsabilidad del Gobierno del país ha tenido como consecuencia directa la transposición al plano nacional de innumerables problemas internos. En la Democracia Cristiana, la unidad y el equilibrio hace años que están asegurados gracias a una rígida dosificación de la responsabilidad. Las funciones se delegan teniendo en cuenta la importancia de las «corrientes». En resumen, la actividad interna del Partido está tan instrumentalizada que cualquier iniciativa viene condicionada por la posición de las distintas corrientes. Esta situación que, en líneas generales, si bien en menor medida, también se halla en otros partidos, llevada al plano nacional ha dado lugar al nacimiento y rápida afirmación de la llamada «partidocracia». Ello equivale a decir que en el seno del Partido mayoritario (y por lo tanto, investido de mayor responsabilidad con respecto a la opinión pública) la misma actividad del Partido viene condicionada por elementos en cierto modo ajenos a la naturaleza del propio Partido por las «corrientes», que deberían tener, en primer lugar, una finalidad doctrinaria, y después, instrumental. De este modo se asiste hoy en Italia a un fenómeno de rigurosa afirmación de entidades jurídicamente clandestinas (porque los partidos políticos no son más que «asociaciones de hecho») que han sometido a insti-

tuciones tradicionales previstas en la Constitución, como el Parlamento, Poder ejecutivo, actividad de los partidos; de la misma manera, los propios partidos están ligados a la actividad de las corrientes.

De aquí que aquel fenómeno de parasitismo político que responde al nombre de «partidocracia» sea debido, si no del todo, por lo menos en buena medida, a la proliferación de las corrientes en el seno de los partidos, y en especial, en el de la Democracia Cristiana, que al detentar la mayoría parlamentaria desde hace más de cuatro lustros, tiene mayores responsabilidades frente a la opinión pública, pero también más posibilidad de influir, negativa o positivamente, sobre el ordenado funcionamiento de la Administración estatal.

En fin, por lo que se refiere a los aspectos negativos de la acción de tan importante partido católico en Italia, quiero subrayar los efectos negativos que aquella acción, tal y como está planteada, tiene sobre las relaciones con la Iglesia. El Partido Popular fue apoyado por el clero, pero la Iglesia nunca lo avaló como «partido católico». La Liga Democrática Nacional de Murri fue alejada de manera drástica. La Democracia Cristiana se halla hoy en una posición completamente diferente. Quizá sea ésta la causa de que reciba más apayo indirecto por parte de los electores católicos; apoyo que deriva de su calificativo de «partido católico». Pero a pesar de que en Italia la mayor parte de la población es católica, la Democracia Cristiana sólo obtiene, a lo sumo, del 35 al 38 por 100 de los votos del cuerpo electoral. ¿Sería, pues, posible considerarla como el «partido de los católicos», o sería más oportuno denominarla «partido católico»? Será el futuro quien diga la última palabra.

Hoy sólo nos resta subrayar que dentro y fuera de este Partido se está poniendo en marcha un profundo proceso de revisión. De derecha a izquierda, y aunque sea por razones bien diferentes, se afirma que es indispensable revisar las estructuras de la Democracia Cristiana. Voces autorizadas y expertas sostienen que la revisión de la fórmula «partido católico» (o «partido de los católicos») es ahora indispensable. Llegados a este punto, las preguntas se agolpan: ¿Es oportuna la existencia de un grupo que disfrute de los votos de los católicos y que sólo responde en parte a las expectativas de los católicos? ¿Es prudente y útil el acercamiento, natural o involuntario, deseado o no deseado, a la Iglesia? ¿A quién beneficia y a quién perjudica?

La transformación de un partido que con tanta naturalidad disfruta de una impresionante masa de votos católicos, en un centro de poder, en un organismo unido sólo por la posición de contingencia que ocupa, tiene como consecuencia obvia que se plantee un proceso de revisión. El «partido católico», tal y como está funcionando hoy en Italia, no es adecuado. Es éste

un punto firme del que no se puede prescindir. Algunos, pues, sostienen que es necesario devolver a los electores católicos su libertad, liberarles de la hipoteca de un gran organismo que, con frecuencia, tampoco responde a sus expectativas, y restituir a las organizaciones de apostolado laico la función de orientar, una y otra vez, el sufragio y la adhesión del electorado católico hacia un candidato o grupo determinado, sin compromisos programáticos de ningún género.

Otros estiman que, descartada *a priori* la idea de mantener forzosamente unidos a los católicos en un solo y gigantesco Organismo, convendría devolver su libertad a cada uno de los grupos que hoy operan en el seno de este Organismo. De este modo, también desde el punto de vista estructural podrían expresar lo mejor de sí mismos y ofrecer a los electores, a la opinión pública, una fachada clara, nítida y sin estar empañada por los equívocos típicos de la convivencia forzada.

Todos los que invocan una revisión de la fórmula son unánimes: ya sean de derechas o de izquierdas, ya tengan fines y tendencias diferentes.

Sería demasiado largo hacer aquí historia de las tendencias que se mueven en esta o aquella dirección, y que tienen por objeto imprimir a la política católica italiana, inmersa en una situación sumamente delicada, un giro decisivo. De todos modos, sería conveniente tener en cuenta que algo está sucediendo: cuando se interpretan las tendencias y cada una de las posiciones individuales se ve como un deseo de eliminar los equívocos que, desde hace ya demasiado tiempo, empañan la perspectiva católica italiana y disminuyen un patrimonio espiritual de gran valor.

FRANCESCO LEONI

R É S U M É

Les origines du mouvement catholique dans la politique italienne conservent une relation étroite avec un fait d'une importance capitale pour l'histoire de l'Italie: celui de la fin du pouvoir temporel de la Papauté. L'opposition de l'Eglise au Royaume d'Italie, la protestation du monde catholique contre la décision politico-militaire, qui avait dépossédé la Papauté de toute sorte de pouvoir, de toute autorité administrative sur les territoires de l'Italie Centrale, s'est concrétisé de façon organique en 1874, quand fut promulguée la bulle "Non expedit", qui interdisait aux catholiques de participer à la vie politique du pays. En même temps est né le premier mouvement catholique organisé: l'Oeuvre des Congrès et des Comités Catholique d'Italie, dans le

but d'apporter une structure efficace à cette opposition et d'éviter que les fidèles se voient privé de l'orientation et de la direction nécessaire.

A partir de ce mouvement, l'auteur analyse ceux qui se sont succédés, tout au long de la politique italienne, ainsi que leurs échecs ou leur disparition, s'intéressant plus particulièrement au Parti Populaire Italien et à la Nouvelle Démocratie Chrétienne. Cette dernière a assumé un rôle d'importance primordiale dans la politique italienne, au point de l'orienter et de l'influencer sans interruption depuis l'année 1945.

S U M M A R Y

The origins of the Catholic movement in Italian politics bear a close relation to an event of capital importance for the history of Italy: that of the termination of the Papacy's temporary power. The opposition of the Church to the Kingdom of Italy, the protest of the Catholic world against the military political decision which had stripped the Papacy of all power and administrative authority over the territories of central Italy, was proclaimed in 1874 by the "Non expedit" papal bull which forbade the Catholics to take any part in the country's political life. At that time the first organized Catholic movement called The Work of the Congresses and Catholic Committees in Italy (La Obra de los Congresos y de los Comités Católicos de Italia) started up with the purpose of giving an efficient structure to this opposition and to see that the Catholic followers were not deprived of all necessary leadership and guidance.

The author goes on to analyze other movements that have succeeded one another throughout Italian political life, their failures and disappearances, paying special attention to the Italian People's Party and the New Christian Democracy. The latter played an increasingly important part in Italian politics until it came to govern in 1945 and has done so ever since without interruption.